

HOMILIA EN LA ORDENACION DE DIACONO DE JESUS MOLINA
Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta. Catedral de Cádiz. 20220924.

Querido Jesús:

Aquí estás, disponible y preparado para recibir el sacramento del orden y para hacer con el diaconando la consagración definitiva de tu vida al Señor que te ha llamado, en este ambiente eclesial de discípulos del Señor, con la sencillez misma con la que has recibido la llamada de la vocación y la has seguido, con el amor de tu familia que siempre te acompaña y la fraternidad de tus compañeros que son ya tus amigos y han de ser durante toda tu vida tus hermanos en el presbiterio. Juntos y gozosos oramos con el Salmo: “Cantaré eternamente tus misericordias, Señor”.

La experiencia de la vocación es la de haber sido encontrado por Dios, alcanzados por el que nos escoge entre muchos seduciendo nuestro corazón, igual que le sucedió a Jeremías (cf. Jer 1,4-9). Jesucristo se establece en nuestra vida como Absoluto, relativizando nuestros vínculos familiares y sociales, liberándonos del ansia de poder y tener, y dándonos una nueva pertenencia: “Irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene” (id.). De igual modo Jesús llama a los apóstoles a “estar con Él y los envía a predicar” (cf. Mc 3,14) incorporándonos a su vida y misión, vinculándonos íntimamente a su persona. No podemos separar su persona de la misión, hasta tal punto de que la misión es anunciarle a Él. Esto no es posible sin conocerle, sin haber compartido sus sentimientos, sin haber hecho de sus preferencias nuestras propias preferencias. Desde el momento en que nos llama “amigos” y nos “elige”, la misión nos exige estar en profunda comunión con Jesús, porque, como nos ha dicho, “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Acrecienta, pues, día a día el espíritu de oración cultivando esa intimidad como corresponde a tu vocación, y para interceder siempre por el pueblo de Dios, en beneficio suyo y de todo el mundo. Así harás del Espíritu Santo tu cómplice para desempeñar el ministerio fortalecido con sus dones.

“Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por los amigos; vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,9-17). Sólo quien conoce este amor y lo vive puede comprender las promesas que hoy haces y el compromiso que asumes en los llamados consejos evangélicos, porque la virtud de la obediencia, la entrega del corazón y los afectos, y el desprendimiento de los bienes, son las opciones de la existencia terrena de Jesús que revelan el misterio de su ser y hacer. No solamente serán tu mayor tesoro y te mantendrán fuertemente unido a Cristo, sino que serán una callada pero elocuente confesión de fe, la referencia de una vida abierta a la realidad de Dios que desvela su verdadero rostro a todos, especialmente a aquellos que han dejado a Dios fuera del horizonte de su vida cotidiana. Dios nos hace muy felices, llena nuestro corazón y nos llama porque nos ama.

El diaconado que vas a recibir se define por el servicio. Se trata de la *diaconía* en la vida de la Iglesia y que ha de permanecer para siempre como una característica de tu propia vida. Dice el Concilio que “los presbíteros son promovidos para servir a Cristo, y en Él y con Él, a

los hombres” (P.O.1). San Agustín supo expresarlo con acierto: “*praesse et prodesse*”, e.d., presidimos si servimos. Imita, pues, siempre a Cristo, que no vino a ser servido sino a servir, y así merecerás reinar con él en el cielo. Tu misión es visibilizar dentro de la Iglesia y entre nuestros hermanos la figura de Cristo siervo, que da la vida por todos nosotros y es capaz de amarnos hasta el extremo. Has de hacerlo, sobre todo, a través de la Palabra y la predicación, la liturgia y la Eucaristía, y el ministerio de la caridad, dejando que sea Dios quien actúe.

Recuerda que servir en el ministerio nos obliga a estar en la Iglesia como quien recibe los dones junto a los demás fieles, no por encima de ellos, evitando así el clericalismo que tanto corrige el Santo Padre en los clérigos. Aunque se nos exige servir a la unión de Cristo con la Iglesia recuerda que, por la importancia de nuestra condición bautismal, recibimos con los bautizados aquello que hemos de dar como ministros. Vive, pues, como verdadero discípulo del Señor, abierto siempre a la exigencia de la santidad, a la gracia del perdón, a la búsqueda de la virtud, al discernimiento de la voluntad de Dios, a la corrección fraterna.

El servicio de presidencia en la Iglesia nos pone, además, en la lógica misionera evangelizadora que nos sitúa ante los destinatarios de la gracia, que son todos los fieles, también los alejados de la fe, los pobres, y todos los indiferentes y buscadores de Dios, porque este servicio que ahora asumes con tu ordenación ha de procurar que la comunidad entera de testimonio y sea misionera. Más aún, podríamos decir con el Papa Francisco que tu ministerio ha de tener “originalidad apologética” (cf. EG 132) para ir a los demás, esto es, para entrar en diálogo crítico con el mundo, pero siendo pionero en la creatividad, con gran disponibilidad y alegría. Me parece que tus experiencias pastorales con jóvenes y universitarios te han ayudado a entenderlo.

“Llevamos un tesoro en vasijas de barro –dice San Pablo– para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros” (2Cor 4,1-2.5-7). Esto significa que vivirás la paradoja permanente de comprobar la grandeza de la misión a la que eres llamado que contrasta con la debilidad de tu persona. El ministro ordenado, por el don recibido, se hace signo visible y eficaz del ministerio invisible. Tu misión es, por tanto, participar de la misión de Cristo en este mundo postmoderno, es decir, hacer posible el encuentro de cada uno con la persona de Jesucristo que es la verdad que transforma la vida. La lógica de la encarnación nos hace testigos sacramentales de un encuentro con una persona que es la Verdad, y que tiene poder para dar al hombre la vida en plenitud.

Así, pues, has de vivir consciente de la sacramentalidad del ministerio que Dios te concede. Sacramentalidad significa referencia especial a otro, un “yo” troquelado por el “yo” del Señor hasta decir “vivo yo pero no soy yo, es Cristo *Pastor* quien vive en mí” (cf. Gal 2,20). Ser sacramento significa en realidad: yo doy lo que yo mismo no puedo dar, hago lo que no procede de mí, soy portador de lo que otro me ha confiado (cf. J. Ratzinger). Esto exige, como sabes, un vaciamiento del propio yo, un “disminuir” para que Cristo “crezca” (cf. Jn 3,2).

Desde esta esencia sacramental has de vivir también un ministerio “misionero” delineado teológicamente por el Concilio Vaticano II superando la vieja oposición entre culto y evangelización. Has de ser “hombre de Dios”, feliz de estar puesto por Él como hombre entre los hombres y para los hombres, para transmitirles la Buena Noticia del Evangelio y a través de los sacramentos, la vida en plenitud.

También nos recuerda San Pablo que “llevamos en nosotros la muerte de Jesús para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2Cor 4,10), porque lo importante es, en definitiva, morir a uno mismo para dejar a Cristo resucitado vivir en nosotros, que es nuestra verdadera fuerza. Esto se ha de notar también en la predicación humilde (con *simplicitas*) que, lejos de la vana erudición, debe transparentar el amor que Dios nos tiene, una experiencia convincente y sin artificio (cf. San Ireneo Adv. Hae.I.,prae.3). Vive, pues, con alma limpia el misterio de la fe y proclama su amor con palabras y obras.

El hombre nuevo que nace de las aguas del bautismo y se alimenta de la Eucaristía se convierte por la gracia recibida en un cooperador en la obra de Cristo. Imita, pues, en tu vida el ejemplo de Cristo, cuyo Cuerpo y Sangre servirás con tus manos. Has de vivir tu vida a partir de la Palabra de Dios y configurarte con la Eucaristía, porque “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús.” (2Cor 4, 1-2.5-7). Las promesas que haces hoy, si las vives bien, son precisamente la garantía del ministerio de la Palabra que te encomienda la Iglesia, porque la unidad de la misión evangelizadora se vive desde el *Verbum*, inseparable del *Sacramentum*. La eucaristía es, por consiguiente, la realización eficaz del anuncio de la Palabra y, por ello, el centro y culmen del ministerio que recibes. Esta unión en el ser más íntimo de tu persona configura también lo que te encomienda la Iglesia siendo ministro de la Palabra y de la Eucaristía. Así, desde lo más íntimo del amor de Cristo Buen Pastor, se te encarga el servicio de la caridad, la atención a los pobres y necesitados.

Emplea como diácono todos tus esfuerzos en el servicio a los pobres y más necesitados: ellos son el verdadero tesoro de la Iglesia, tal como decía San Lorenzo y cómo practicó y vivió San Esteban, tus santos patronos diáconos. El amor compasivo que el Señor te pide practicar es también ejercicio de fe. La Iglesia quiere ser servidora de los pobres: que sea para ti un privilegio atender y ayudar al Cristo sufriente en enfermos y pobres. Comprobarás la fuerza evangelizadora de la caridad que valora la dignidad de la persona y pone los medios para atender y amar a los necesitados, sin descuidar las nuevas pobrezas de nuestra sociedad, como la emigración, la soledad, los afectados por la crisis o diversas formas de corrupción, el empobrecimiento espiritual y el sinsentido de la vida. Pide continuamente al Señor y a la Virgen de la Merced que celebramos hoy, ser capaz de consolar al que sufre y tener un corazón misericordioso capaz de entrega y acompañamiento para mirar a los pobres con la mirada de Dios, como nos ha enseñado Jesús.

Querido Jesús: confía en el Señor, que Él confía en ti y te da la gracia para servirle. Dios, que comenzó en ti la obra buena, Él mismo la lleve a término. AMEN.